

ITALIA EN CRISIS

La tregua de Cossiga

JUAN ALDEBARAN

FRANCESCO Cossiga, demócratacristiano, ala izquierda, ha tenido la suficiente presencia de ánimo como para no creerse el hombre designado para salvar a Italia, como para saber de qué provisionalidad depende, de qué hilos cuelga, quiénes son sus valedores y cuándo le van a dejar caer: gracias a eso ha podido formar Gobierno en Italia. Un Gobierno de coalición, con miembros moderados y discretos de su partido, con liberales tranquilos, con socialdemócratas resignados y contentos de ser ministros y con algunos técnicos grises indefinidos. Ha sido aceptado, en principio, y va a pasar con sencillez la prueba parlamentaria, para instalar su Gobierno "de tregua" hasta que los partidos se clarifiquen y la lucha política se dibuje con algo más de claridad: después del congreso de la Democracia Cristiana.

Su predecesor, Pandolfi, quiso ir más allá de lo real. Creyó que podía formar un Gobierno verdadero y duradero, y fue guillotinado. Concretamente, por el Partido Socialista. El Comité Central del PSI constató la lista de ministros propuesta por Pandolfi: "No es un Gobierno de tregua: es un tripartito, con dirección de la Democracia Cristiana". Y Pandolfi cayó. Con el voto en contra de los socialistas, no hubiera podido pasar la prueba parlamentaria.

Sin embargo, su colega de partido, Francesco Cossiga, ha salido adelante. Parece que le recomendaron los propios socialistas. El Presidente de la República —Pertini— es socialista, y aunque está realizando su trabajo con gran neutralidad, su obligación es

oír al Partido Socialista, que es quien tiene, por ahora, la llave de la entrada en el Parlamento. Pertini aleccionó a Cossiga: no debía de ninguna manera intentar realizar un gran consenso con los partidos políticos, como lo había hecho su predecesor. No debía formar un Gobierno sólido y largo, no debía preparar un programa de Gobierno importante. Las directrices, en realidad, estaban contenidas en el discurso, o informe de introducción, que Signorile había pronunciado al comenzar el Comité Central del PSI: "Lo que nosotros queremos es una tregua entre los partidos, un Gobierno que se haga garante de esta tregua con objetivos limitados: limitados en el programa, limitados en el tiempo. Si todo esto se consigue representará en una propuesta de Gobierno y de programa claramente orientada en ese sentido y ajena a coaliciones y a fórmulas orgánicas, la examinaremos en el Parlamento con objetividad y sin prejuicios".

Francesco Cossiga aceptó la cuestión. Dijo que sí a Pertini —dijo que sí a los socialistas— y produjo su Gobierno para el verano. Reúne otras ventajas. Una de ellas, que no es un hombre destacado dentro del partido, no es de los que representan la terrible maquinaria de la DC: su pertenencia al ala izquierda —izquierda dentro de la relatividad, dentro de lo que es el partido vaticanista— le aparta de ese poder. Sin embargo, ocupó un cargo importante, que iba a serlo más por las circunstancias que se iban a desarrollar durante su desempeño: fue ministro del Interior, y lo fue durante el secuestro y asesinato del presidente de su partido, Aldo

Moro. Algo más que su presidente: su protector y amigo, el hombre que había decidido que Cossiga fuese ministro. Una elección que iba a ser terrible: porque, precisamente, Cossiga fue el ministro del Interior que decidió rechazar todas las peticiones de Moro, desde su secuestro, para negociar con los secuestradores. A él, personalmente, dirigió Aldo Moro su primera carta en petición desesperada de ayuda. Pero Cossiga decidió que la razón de Estado estaba por encima de este problema de conciencia. Al designarle ministro del Interior, Moro estaba nombrando al hombre que decidiría su muerte. La designación por

parte de Moro tenía precisamente una razón: Cossiga era partidario de una cierta apertura de la DC hacia el Partido Comunista, y Moro también. Moro quería, sobre todo, que en el largo período terrorista que estaba ya en marcha se comprometieran seriamente los comunistas: que las leyes contra el terrorismo, la represión de la Policía del Estado, no aparecieran como un acto aislado de la DC en medidas que pudieran parecer antidemocráticas, sino como una decisión de la izquierda con el centro. Cossiga parecía naturalmente designado para ello: su relación con el Partido Comunista procedía ya de la infancia y de la familia: él y

Francesco Cossiga aceptó, dijo que sí a Pertini —dijo que sí



Berlinguer son primos hermanos, los dos compartieron la infancia en el pueblecito de Sassari, en Cerdeña. Solo que Berlinguer fue un niño revolucionario y Cossiga un niño conformista; el primero se educó en el marxismo y el segundo en la doctrina cristiana que le llevaría a la Democracia Cristiana. Pero el diálogo no se ha interrumpido. Una vez más, hay que señalar la ironía del destino: el PCI se comprometería, indudablemente, en la política de dureza del Ministerio del Interior a propósito de la suerte de Moro. Cossiga y Berlinguer, el Gobierno demócrata-cristiano y el Partido Comunista de Italia decidieron que no había que ceder, pasase lo que pasase. Y pasó. Cuentan que Cossiga lloró el día del asesinato de Moro, y lo cierto es que presentó la dimisión del Ministerio y abandonó, hasta ahora, el ejercicio activo de la política. Se retiró, y dicen que se dedicó a estudiar el fenómeno del terrorismo.

Durante ese episodio se reforzó su relación con el Partido Comunista. Le va a ser útil ahora. Los comunistas le consideran —aparte de la garantía familiar de Berlinguer, para quien Cossiga es, sobre todo, un hombre honesto y franco— como un hombre de gran entereza y capaz de dialogar con ellos. Sin embargo, había motivos para sospechar que los socialistas no iban a tener la misma opinión. Precisamente durante el caso Moro los socialistas se opusieron seriamente a la acción del Gobierno-DC y del punto de vista comunista: creyeron que era necesario negociar, pactar con los secuestradores, porque les parecía que salvar a Moro era más importante que dar la sensación de inflexibilidad del Estado, y porque denunciaban que la actitud intransigente de la DC y del PCI era, sobre todo, una maniobra política, destinada a hacer estallar cualquier simpatía por el terrorismo y por las Brigadas Rojas,

contando para ello con la vida de Moro. Tienen, además, una considerable enemistad por el grupo político en el que está incluido Cossiga. Es un problema de competencias. Si el Partido Socialista ofrece una opción de izquierda moderada, y el ala izquierda de la DC va también hacia la izquierda, hay una convergencia; el PSI cree que ese ala invade su terreno, vende la mercancía que debía ser suya. Y, además, lo hace desde el partido con poder y con mayoría. Si un día la DC se inclinase hacia su propia izquierda, el PSI no tendría nada que hacer; ni siquiera podría inclinarse más hacia su propia izquierda, porque se la encontraría invadida por el PCI eurocomunista... La franja del poder posible es muy estrecha en Italia, como en todas partes, y las disputas ideológicas se envenenan.

Sin embargo, parece que ha habido un cierto pacto. Cuando el PSI aceptó que su jefe Craxi se encargase de formar Gobierno, aun con muy pocas esperanzas de que lo consiguiese, pidió la ayuda del ala izquierda de la DC, y la obtuvo. Sin resultados: pero hubo un diálogo entre Craxi y Cossiga, y probablemente un pacto de ayuda mutua. Cossiga apoyó el intento de Craxi, y lo manifestó públicamente. Ahora, el PSI devuelve el pacto, y apoya a Cossiga y le da el Gobierno. La apoya, además, como consecuencia de la parte de pacto que antes queda enunciada: que Cossiga no forme un Gobierno demasiado fuerte ni demasiado estable, que sirva solamente de tregua.

El Gobierno ha sido aceptado; el juramento, realizado: puede comenzar el debate parlamentario, que seguramente ha comenzado ya, salvo incidencias o imprevistos, en el momento en que estas líneas se publiquen. Va a ser corto. Una fijación de posiciones, unas cláusulas de reserva, y la votación, que debe ser favorable a Cossiga sin necesidad de que los socia-

listas se comprometan demasiado: solamente bastará con que se abstengan, como pueden hacer los comunistas, que aún pueden incluso permitirse el lujo de votar en contra para dar más indicios de independencia, si es que lo desean, o para mantener su posición política de que no colaboran en nada que no sea su pertenencia directa al Gobierno.

En cuanto estos trámites se realicen, comenzarán las vacaciones. Los parlamentarios son los últimos ciudadanos de buena clase que permanecen todavía en Roma. Se irán hacia las playas, y Cossiga se quedará solo con su Gobierno de tregua para hacer frente a las huelgas, a la situación económica, a las disputas laborales y al terrorismo. Aunque a todo ello le afecten, también, las vacaciones.

La tregua va a durar, posiblemente, hasta diciembre. Es el mes elegido por la Democracia Cristiana para celebrar su congreso. Es decir, para configurarse claramente y tratar de convertir sus divisiones en una línea coherente. Durante ese tiempo, los socialistas, los comunistas, van también a reflexionar sobre una serie de hechos: los resultados de las elecciones, el alcance de la crisis de la energía, la posición de los grandes patronos dominantes —la Cofindustria—; será entonces cuando la tregua se acabe, y Cossiga tenga que entregar de nuevo sus poderes al Presidente de la República, para que se inicien de verdad los temas de la solución de la crisis.

Que pueden terminar, otra vez, en la designación de un gobierno de tregua, o de transición. Ya se sabe que lo provisional es siempre lo más duradero, y que lo más parecido a una paz estable es un alto el fuego que se prolonga. Por lo demás, la crisis profunda italiana tiene pocas posibilidades de arreglarse, sobre todo dentro de un mundo en crisis, de no producirse un cambio general de estructuras. No es para ahora. ■

los socialistas— y produjo su Gobierno para el verano.

